

EL MUNDO DEL LIBRO

Escribe: AGUSTIN RODRIGUEZ GARAVITO

Eduardo Mendoza Varela

Las Cosas del Campo.

Nos ha sido dado el privilegio de conocer el texto del nuevo libro que Eduardo Mendoza Varela, entregará en estos días a la más esmerada y cuidadosa edición. El autor, lo hemos dicho en esta sección, es uno de los escritores más responsables y colombianistas de su generación. Es cierto que ha realizado un viaje de aproximación y de síntesis por países y culturas diversos, fruto del cual han sido libros espléndidos, escritos con pasión y devoción por sitios, figuras y lugares. En un estilo transparente, de una alta calidad estética, construye imaginarios o vívidos paisajes y desnuda almas e intenciones. Todo ello logrado por una madurez sabia, aquella que nos permite otorgarle a la prosa un sano equilibrio, una justa medida.

Mendoza Varela, en este nuevo libro, se ocupa de las cosas del campo, como aquel romano que recogió en sus libros, la experiencia de la vida rural y el alma que duerme en las cosas y que, al conjuro de la pluma o a la luz de la meditación, tiene una particular resonancia. El autor de esta obra se ha inclinado con dolor no excepto de honda tristeza, sobre un mundo de cosas que hemos perdido y que en cierta forma, constituían el alma de la patria. Un tiznado afán extranjerizante, ha disuelto las mejores esencias de la nacionalidad. Queremos suplantar los valores que perfilaron y le dieron contenido al quehacer colombiano, por modas, sistemas y costumbres, completamente reñidos con lo que nos pertenece y delimita en el tiempo y en el espacio.

Mendoza Varela ha comprendido en buena hora que Colombia tiene una manera de ser, una peculiar fisonomía. Aquí hubo folclor rico en colorido, bailes aldeanos nutridos de gracia, músicas hermosas, teñidas de un delicado romanticismo, coplas populares, pura agua que mana de las secretas fuentes de la tierra, arquitectura y pintura que, si no muy ricas en frutos, eran al menos alma nacional, intransferible mensaje propio. Con solo leer a nuestros costumbristas del siglo pasado, llegamos a conocer inexploradas vetas de una riqueza cultural que hemos debido robus-

tecer en vez de aventar irresponsablemente por los caminos de un mentiroso progreso que nos ha robado la propia fisonomía espiritual, para sumarnos en serie a quienes carecen de algo propio, original y creador.

El autor de *Las Cosas del Campo*, conoce profundamente la materia sobre la cual trabaja. Ha sido un enamorado de su pueblo y de su ambiente nativo. En su sección *Primer Plano*, de "El Tiempo", nos ha dejado sus impresiones, desencantos, su afecto y casi su ternura aniñada por un pasado que empieza a convertirse en leyenda. Todo por nuestra incuria, la indiferencia nacional hacia lo que heredamos de España, el afán y prurito de singularizarnos pretendiendo hacerlo, por una copia servil de otras civilizaciones que nada tienen en común con nuestra hazaña y nuestro desvelo.

Mendoza Varela construye su material literario con elementos poéticos. Su prosa, en este libro, posee una secreta música, un temblor de esquila en el atardecer, cuando recoge la vibración, el paisaje y el llanto de la comarca. Campesino hasta los huesos, el autor siente en carne viva el ardor de nuestra vida rural, la deshabitada conciencia de muchas gentes, la belleza de un paisaje que cotidianamente destruimos, para convertir a Colombia en una colina yerma y calva.

Espléndido libro que viene a honrar dilatadamente el bien merecido prestigio intelectual de su autor.

Rafael Vásquez.

Anforas.

En este mes de febrero ha muerto un gran poeta colombiano: Rafael Vásquez. Perteneció, con orgullosa prestancia intelectual a la llamada generación de "Los nuevos". La misma de Alberto Lleras, José Camacho Carreño, Jorge Eliécer Gaitán, León de Greiff, Juan Lozano y Lozano, José Umaña Bernal, Alberto Angel Montoya, Rafael Maya, para citar algunos de los nombres y hombres más significativos. Rafael Vásquez fue siempre un artista exigente. Su poesía estaba traspasada por el hálito de un mundo antiguo, que venía del divino archipiélago, pasó por Roma bajo su juridicidad imperial y llegó a Francia, con Leconte de Lisle, Gautier, Verlaine, Banville y tantos otros. Y que tuvo en Gabriel D'Annunzio, el *Imagnifico* de Pescara, una de sus más altas voces, el cantor de la patria, de los mármoles yacentes, de las difuntas primaveras y del amor como una forma pagana del sentimiento.

Vásquez vivió siempre en olor de belleza. En sus días iniciales recibió el torrente cósmico de Grecia y memoró la hazaña de dioses y de hombres, como antes lo habían hecho los grandes aedas, desde Homero, el de ojos ciegos y lira universal. Vásquez era un colombiano extraviado en las verdes florestas de un mundo antiguo, cuyo resplandor llegaba hasta nosotros. Nunca claudicó en esta línea espiritual que, por lo demás, siempre ha de tener resonancia en nuestro corazón de iberos. Poesía parna-

siana en un tiempo, cuando el poeta amaba los símbolos exteriores, las decoraciones fastuosas, los oropeles. Que se nutría más de resonancias y símbolos externos que de las estaciones del alma. Aquella poemática que tuvo en Guillermo Valencia su máxima expresión lírica. Posteriormente Vásquez evolucionó hacia el simbolismo con sus "estancias interiores", la luz que perfora los túneles de la sombra, el mundo anímico con sus vegetaciones y sus dolores. Pero siempre manteniendo en alto la arquitectura de la bella forma, del adjetivo rizado, pulimentado, escarchado. Alta flor literaria que abre sus corolas en un clima de invernadero. Pulir el verso, ser, antes que todo, artifice, cincelador de medallas y escultor de las propias emociones.

Vásquez transitó todos los caminos de la Belleza. Con un gusto de artista refinado, sabía que la vida es breve y que debemos colmarla con lo mejor de nuestra propia esencia. Y cantar lo eterno, lo que se trasmite de generación en generación, como la palabra nunciadora, el paisaje con sus neblinas sobre el río, el sol siempre mancebo, la mujer, enigma, secreto y clave de todo nuestro destino. Y también las magnas epopeyas, la familia como lámpara encendida, el amor como fuente inextinguible del ser humano en su ávido límite nocturno.

Vásquez fue, pues, uno de los grandes poetas colombianos. Negado muchas veces por capillas interesadas y rencorosas, su nombre pertenece a la gran lírica castellana y será preciso incluirlo en la más esquivada antología de nuestro idioma. En un tiempo del desprecio, cuando tantos valores han naufragado, sin brújula y sin esperanza, constituye un deber moral enaltecer a quienes, en una u otra forma, han creado la verdadera cultura de Colombia.

Ofrecemos a nuestros lectores un poema de *Anforas*, que, por su serena belleza, hace perdurable el nombre de Rafael Vásquez:

FRATERNAL OFRENDA

(A vuestros claros nombres: Margarita, Paulina,
Dolores, este canto de mi sangre dedico)

*Vosotras sois mi estirpe que languidece. Trunca
mas noble poesía vuestras vidas adquieren.
¡Cómo olvidar lo efímero de vuestras gracias nunca,
si sois como las rosas, que, embalsamando mueren!*

*¿Quién sobre vuestras manos exangües, no querría
verter, para endulzarlas, las más ricas redomas?
Pero entre tanto, apéname vuestra beldad tardía,
perfume ella estos versos con un aura de aromas.*

*¡Pensar que a vuestra lenta disolución, los hombres
jamás violar supieron tan sensitivo encanto;
que hasta la misma música de vuestros claros nombres
dijérase que emana cierta humedad de llanto!*

*Contúrbame, oh hermosas y amargas criaturas,
ese poema incógnito de vuestra gran tristeza.
Más para orgullo eterno de vuestras almas puras,
lo que os faltó en ventura lo cobráis en belleza.*

*Que conociendo toda la adversidad, ninguna
quejumbre, sin embargo, brotó vuestro tormento.
¡Si altiva fue en vosotras la juventud, como una
flor siempre combatida por un contrario viento!*

*Nó es de infortunio, empero, vuestro mirar. Blandura
la cuya cuyo bálsamo suaviza los abrojos...
(no sé por qué imagino que son por su dulzura
como las noches árabes vuestros profundos ojos).*

*Princesas destronadas, a quienes hoy la vida
consume estérilmente, bajo el paterno asilo,
¡cómo trocado en cantos, por la sangrienta herida
de esos queridos labios, fluye el dolor tranquilo!*

*Nada hay tan sugestivo como esa misteriosa
penumbra que os azula las candidas ojeras,
ni cosa más amada, y al par más pesarosa
que el luto riguroso de vuestras cabelleras.*

*Sois el Otoño. Ornados de flores vespertinas,
oh imágenes fraternas de sombras adoradas,
semejan vuestros cuerpos tres ánforas divinas
por una irrevocable virginidad sellados.*

*Tan sólo ante el Invierno vuestra ilusión parece
que su esplendor caduco con inquietud dijera:
¡Ved cómo en esta carne que ingrátida envejece
sonríe, entre guirnaldas, aún la Primavera!*

*Ni los viriles ósculos, ni el lúbrico delirio
turbaron vuestros sueños. Y esa es vuestra gloria.
Porque acendrateis siempre la pureza del lirio,
vosotras como el lirio, no tuvisteis historia.*

*Por eso sois mi estirpe que languidece. Trunca
más noble poesía vuestras vidas adquieren.
¿Cómo olvidar lo efímero de vuestras gracias, nunca
si sois como las rosas, que, embalsamando, mueren?*

José María Caballero Bonald

El Baile Andaluz.

Esta obra respira verdad, evidencia y belleza. Tres virtudes teológicas que nos tenemos bien sabidas. Porque todo aquello que diga referencia, enlace, vínculo, con España y su eterna peripecia, tiene consonancia con el baile. No podríamos sustraer las valencias de la danza en un estudio se-

rio y profundo de Iberia. Porque su ardiente cromatismo, su espíritu, su entrañable y suspirada herida, tienen que venir de ese mundo plástico donde el danzarín o la danzarina, se convierten, por minutos, en puro y laminado hieratismo. Desde el fondo del tiempo, levantando las hojas de los siglos que cubre el polvo de todas las edades, asoma el birbiloque, la fantasmagoría, los pies que "se querencian como dos palomas", para usar el símil ceñido de Valery.

Si queremos encontra el alma de la raza, aquella de la cual venimos nosotros, no es tan importante el estudio de la arquitectura románica, ni el trasvolar de lo barroco, ni la pintura con sus mates, sus grises amargos, sus sombríos de penitencia: es mejor irnos de mano de los bailadores al fondo de los siglos, allí donde, junto a la encina danzaron abuelos remotísimos para recrearse en un estilo casi demoníaco, poseso, tumulto de formas que se encuentran más en la sangre que en la propia coreografía. Leamos algunas apreciaciones de este bello libro, en torno del baile, su flamenquismo, su drama:

"De lo dicho puede colegirse que el *bailaor* es un ser desconcertante y contradictorio, que obra instintivamente, que se deja llevar, según los pasos aprendidos, hacia donde le dicta su propia conciencia rítmica y su misma confusa adivinación. Lola Flores, por ejemplo, no sabe bailar en el sentido académico de la palabra, baila como una posea, baila, de pronto mejor que nadie, estimulada por la improvisación de sus brutales desplantes, poblando el aire que la rodea de un vértigo atroz, de una vitalidad espasmódica y casi inhumana. La *bailaora* lo que hace entonces es representar su propio sentimiento, gloriosa e irresponsable como la ciega crueldad de una tormenta, con todos los poros de su cuerpo abiertos al poderío de los demonios de la intuición".

Aparece en este libro el misterio del alma andaluza, como está en los lienzos ascéticos de Romero de Torres. Fatalidad mística, belleza que se quiebra patéticamente como los vuelos de una danza. La sensualidad abraza a estas bailarinas y las transporta. El pecado parece florecer para purificarse en mil llamas secretas.

Danza patética, de pronto monacal desnudez o riqueza tumultuosa de pasiones. Sangre y lirio conventual. Danza que viene del fondo de los siglos y que tiene genio y alma, como todo lo ibero, eterno en una desértica peana de siglos.

Magnífico libro este que abunda en méritos y hallazgos literarios, digno de un escritor que ha sobresalido tanto en la poesía como en la novela de la hora actual de España.

Germán Arciniegas

Cosas del Pueblo.

Increíble resulta la tarea intelectual de Germán Arciniegas. Porque lo mismo escribe diariamente para media docena de periódicos del continente, como publica nuevos libros que vienen a darle un eminente sitio entre los escritores americanos. Arciniegas es infatigable. Puede decirse

que es el único colombiano que encontró su destino y lo sigue tercamente. Escritor hasta los huesos, ha tomado su labor como una forma de acrecentar la cultura colombiana, de darle a su pensamiento una directriz intelectual, inteligente y creadora. Indaga en viejos documentos, olvidadas soluciones: escruta vidas que parecían ya material yerto y sin proyección humana; visita ciudades, paisajes, templos, monumentos, sitios desconocidos y van naciendo de esos peregrinajes, libros, páginas de un lirismo decantado, rico en sorpresas y brillos.

Puede decirse que es el único colombiano dedicado por entero a la creación literaria. Sin un minuto de desvío o de cansancio. Naturalmente esto se explica porque Arciniegas ha podido viajar, conocer mundos, comparar culturas, bucear en el mundo del ayer, en los calientes contornos del americanismo, sin estar triturado, desollado por la angustia económica. Lo cual no le resta mérito a su tarea que es hoy extensa y brillante.

Este nuevo libro suyo, plantea nuevos interrogantes sobre la cultura americana, la resonancia que en lo nuestro tuvo Europa con su mensaje, las razones por las cuales estamos irrevocablemente ligados con todo lo occidental y latino. Considera Arciniegas que es más compleja la vida afectiva, más rica en perspectivas, en jugos nutricios, en rancias soleras, de aquellos pueblos que fueron poblados por españoles, que Norteamérica, por ejemplo. Y estima que precisamente por lo complejo de las razas que se mezclaron con los indígenas para producir un nuevo tipo humano, somos gentes que vamos a saltos por la vida, por la historia, sin haber logrado cuajar plenamente, carentes del metódico esfuerzo coherente de los anglosajones, fríos, organizados, porfiados en sus tareas, principalmente cuando de la industrialización se trata.

Nos presenta en un gran fresco a los hombres que han orientado y creado la política en América Hispana. Bien los libertadores agonales y magníficos; o caudillos de rebenque, de delirante analfabetismo y sentido trágico del trópico; bien estadistas de retorcidas retóricas y de almas muchas veces esteparias. Conductores de pueblos que apenas empiezan a levantarse sobre el horizonte para incorporarse a una tarea humana y social de proyecciones gigantescas. La América de los celos y las profundidades; de broncas voces alzadas o de neblinosos y llorosos lirismos, cuya temperatura retórica ha sido influida por escuelas y secuencias latinas: un mundo crepitante, pero que ya tiene perfil y terquedad.

El pueblo americano vuelve a asomar su rostro quemado por el sol y la lluvia tropicales, en este libro de Arciniegas. Un pueblo que, como pudo, ha yuxtapuesto abolidas culturas, con nuevos sentimientos y distintas consignas. Cristiano a su manera y no obstante tener un fondo telúrico y supersticioso, como todo lo que toca barro y manigua americana. En todo caso, América con su mundo confuso, pero que tiene aquella raíz germinal y eterna que le permite confrontar culturas y buscar en su entraña dolorida el sentido de un destino frustrado, pero no muerto completamente.

Hermoso libro este de Germán Arciniegas, que recomendamos a los lectores de esta sección.

Orientación Escolar.

Esta publicación didáctica viene a colmar un vacío en nuestra educación y marcha como pueblo que busca salir de la simple improvisación o del memorismo rutinario, para incorporarse en la vida moderna con todas sus complicaciones. Para nadie es un misterio que Colombia pasó de la etapa bucólica y pastoril a ese difícil tiempo de la industria, la técnica y la máquina. Y naturalmente nos tomó sin preparación adecuada para las nuevas y variadas tareas de la inteligencia que nos corresponde afrontar. Porque no podemos volver la espalda a una realidad punzante que nos mantiene en vigilia. Y particularmente en el ramo de la educación en el cual debe el país confiar para lograr ponernos a tono con los nuevos tiempos que han llegado sin previo aviso.

La juventud colombiana que ha de tener en el futuro próximo las palancas del gobierno, la dirección de la técnica y del progreso, necesita capacitarse para esa tarea que biológicamente le corresponderá. Por eso mismo es tan urgente, tan imperioso, abrirle caminos, indicarle los derroteros de la cultura, prepararla para el mundo nuevo que se avecina. Y por ello mismo nada tan importante en esta hora como la auténtica orientación profesional para que su destino no se frustre y con él acaso la vida misma de la república. El Estado se encuentra en la obligación de mostrale a la juventud los caminos de nuevos conocimientos, para que escoja lo que más le convenga de acuerdo con sus propias aptitudes. Pasaron también los tiempos en que eran los padres de familia quienes, arbitrariamente, le señalaban a los hijos la profesión u oficio que debían seguir, aunque no tuvieran aptitudes para ello. Hoy es fácil estudiar las inclinaciones del estudiante, guiarlo, mostrarle las perspectivas que más convengan a su capacidad y talento. Numerosas carreras, liberales o técnicas, se abren a su curiosidad. Y está en el imperioso deber de buscar aquellas profesiones que más le convengan a él mismo y a Colombia. Porque pasó el tiempo de la mera contemplación, del bizantinismo literario, de moverse la juventud únicamente en torno de teorías sin arraigo en la realidad. El mundo actual, la angustia contemporánea, la imperiosa necesidad de vivir en armonía con su tiempo, le indica que debe buscar profesiones que sirvan mejor esa tarea que tiene que cumplir como signo de su tiempo.

Esta obra, le será de suma utilidad para que libremente escoja un tipo de carrera que esté en armonía con sus inclinaciones y que lo capacite para la lucha por la vida, que se ha vuelto un drama angustioso, donde tendrán que triunfar los más preparados y de técnicas más eficaces.

Carmen de Gómez Mejía

Altos Muros.—Poemas.

Hemos recibido este gajo de poesía de Carmen de Gómez Mejía. Su acento lírico es de honda fuerza submarina. Es claro que hallamos la influencia de algunos poetas modernos que alzan sus banderas líricas en

varios sitios de América, pero la autora de Altos Muros, siente caminarle por la sangre esa fiebre de amor y dolor que eterniza la flor de la poesía. Siente hondamente y con desolación muchos de los temas que trata y se enraiza en lo que tiene presencia viva en el mundo donde el sentimiento vuela como una golondrina becqueriana en busca de territorios amados del corazón.

No puede decirse en puridad de verdad, que haya madurado completamente. Se notan vacilaciones, repeticiones, recreaciones, algunos titubeos líricos. Pero ello no significa que esta escritora carezca de aquella iluminación terca en la cual se hace voz amarga y ceniza tremante, el vivir, el sentir cómo fluye el tiempo y cómo destroza nuestras vidas y las rosas.

Canta la soledad del mundo y el vacío del alma en comprimidos versos hermosos. Y tiene una inclinación hacia el fatalismo, que convierte sus temas en dolor y en llama.

Altos Muros incorpora a la poesía femenina de Colombia una voz propia, con aquella fuerza interior que es la base de piedra para alcanzar el mundo maravilloso de todas las formas líricas.

J. B. Jaramillo Meza

BLASON—Biblioteca de Autores Caldenses. Manizales—Colombia.

J. B. Jaramillo Meza, cumple en este breviario de hermosura, el precepto evangélico de consolar al triste. Poesía transparente, dulce como los atardeceres sobre las colinas de la infancia. Temas eternos que el autor trata con delicada emoción, sin abandonar los campos en flor de un lirismo estricto, sin trompetas de juicio final, ni sonoros timbales o cobres apócrifos. Pura agua que fluye de la roca y cae en la alcarraza para que se emparente con la luna lejana y la estrella vespertina. Poemas hondos, que dejan ver una sensibilidad exquisita, que canta sin necesidad de retorcer el verso o convertirlo en un alambique de intelectualismo.

Poesía en el más claro concepto del vocablo. Tejida como una urdimbre de finas llamas y ofrecida a todo lo que es imperecedero como el recuerdo, el paisaje, el amor que se renueva todos los días como algunas flores. El poeta tiene en este libro poemas de íntima congoja, de una pureza admirablemente lograda, ya que son su propia vida traducida en canto. La Sinfonía de Otoño es de una belleza acabada. Nos hace recordar involuntariamente el soneto de Luis Alzate Avendaño, *Mañana*, urna de perfecciones y ácido promontorio de ceniza sobre la fuga del tiempo y de la vida.

Jaramillo Meza hizo bien en bautizar este libro con el nombre de *Blasón*. Porque sus poemas obedecen a una aristocracia mental que es orgullo e íntima certeza de que se está haciendo obra literaria perdurable. Y no esas construcciones apresuradas que no resisten el paso del tiempo.

Hermoso libro de versos, cristal diáfano, espuma de sueños, devocionario estético, que nos complace registrar en esta sección.